

ción entre el nombre romano y el nombre cristiano, y en su preocupacion confundian objetos tan diferentes, sin pensar que hacia ya mucho tiempo que la fé se hallaba establecida en las demas naciones. En las mismas provincias de Persia habian predicado los mismos Apóstoles, y la primera Epístola de San Juan Evangelista prueba que esa predicacion tuvo felices resultados. Aumentóse considerablemente por el comercio de la Osroena y de la Armenia, y en tiempo de Sapor habia numerosas iglesias en todos sus Estados.

Los magos, que se consideraban como tribu sagrada en la que el sacerdocio era hereditario, verian con el mayor despecho los progresos de esta Religion estrangera, que desacreditando el culto del sol, iba acabando de dia en dia con el crédito y la fortuna de estos sacerdotes mercenarios. Animábanlos por otra parte los judíos, que eran muchos en Persia y mucho mas furiosos que los idólatras contra los cristianos. Estos fueron acusados de mantener inteligencia con los romanos, y en su consecuencia y sin mas exámen los oprimió Sapor con impuestos, cuyo cobro encargó á unos hombres desapiadados. Poco despues mandó degollar á todos los sacerdotes cristianos, demoler las iglesias y quemar muchos monasterios establecidos en lo interior del Asia mayor, aun antes de que el nombre de solitario fuese conocido en Occidente (1). Mandó comparecer en su presencia á Simeon, gefe principal de los fieles y obispo de las ciudades régias de Seleucia y Ctesifonte. Distaban poco una de otra estas dos ciudades, y estaban situadas sobre las dos orillas opuestas del Tigris; Seleucia era capital del imperio de los Partos y Ctesifonte del de los Persas, y cada una de ellas conservaba el privilegio de capital.

(1) Sozom. hist. lib. 11, cap. 8 et 9; Ruinart. Act. Sincer. Mart. p. 682.

El santo obispo se presentó cargado de cadenas y el rey le mandó adorar al sol, prometiéndole grandes recompensas si obedecia, y amenazando destruirle con todos los fieles si resistia. No esperaban los idólatras vacilase este prelado de la verdadera Religion; mas confiaban conseguirlo con el tiempo. Hizo, pues, Simeon una generosa confesion de su fé, y en su consecuencia mandó Sapor le metiesen en la cárcel. En el tránsito vió el confesor al eunuco Ustázades que habia educado al rey desde su mas tierna infancia, y ocupaba uno de los primeros puestos en la córte. Ustázades era cristiano en el alma, y si habia renunciado á Jesucristo era contra su conciencia y solo por conservar su fortuna. Dióle vivas reprensiones el obispo, y aun despreció las señales de benevolencia y veneracion con que le previno el apóstata. Concibió este al momento toda la gravedad de su culpa, vertió un torrente de lágrimas, y mostrando su dolor segun el modo espresivo de los orientales, dejó el vestido blanco que llevaba, tomó el de luto y sentóse á la puerta de palacio sollozando y gimiendo.

El rey le mandó llamar, y preguntóle si le habia sucedido alguna desgracia en su casa. «No señor, respondió; pero ¡ojalá que á costa de todos los infortunios de este mundo hubiera evitado yo el delito, causa de mis remordimientos! Han llegado á serme odiosas la vida y la luz; no puedo mirar sin estremecerme ese sol que fingi reconocer por un Dios, y que adoraba por complaceros. Merezco la muerte por haber engañado á mi rey, y por haber apostatado de mi Dios.» Sapor, admirado, no sabia qué hacer ni qué resolver, porque amaba tiernamente á este viejo que le habia servido mucho tiempo de padre, y atribuía su mudanza á los maleficios de los cristianos. Valióse de caricias y de amenazas; mas viendo que to-

do era inútil, mandó que lejos de su vista le cortasen la cabeza. Queriendo el penitente reparar el escándalo de su apostasia, pidió al rey por última gracia que un pregonero público declarase por toda la ciudad que Ustázades era condenado, no por haber obrado contra su príncipe, sino por no haber querido renegar de su Dios. Convino Sapor en ello con tanto mayor gusto, cuanto este ejemplo de severidad le parecia uno de los mejores medios para aterrar á los cristianos.

A la mañana siguiente, dia de viernes Santo, fué conducido á presencia de Sapor el santo arzobispo Simeon; y el rey, ante quien se mostró muy firme en la fé, le condenó á muerte como á Ustázades. Padecieron antes á vista del prelado mas de cien cristianos, obispos y otros eclesiásticos, sin que se desmintiese la firmeza de ninguno de ellos. Tan solo Ananias pareció algo amedrentado; mas el intendente de los obreros llamado Pusiqués, y que era celoso cristiano, tuvo la generosidad de decirle: *valor Ananias, cierra por un instante los ojos á las vanidades del mundo, é irás á disfrutar de la luz del cielo.* Apenas profirió estas palabras cuando fué preso él mismo y llevado al rey. Confesó la fé con tal libertad que escitó contra sí las invenciones mas bárbaras y crueles. Su hija, que habia consagrado su virginidad al Señor, fué al instante delatada y muerta.

En el año siguiente y en el mismo dia de viernes Santo, se pronunció pena de muerte por todo el reino, asi contra los eclesiásticos como contra cualquiera que confesase ser cristiano. Esparecieron los magos por las ciudades y aldeas, entraron en todas las casas é hicieron las mas rigurosas pesquisas, sacrificando indistintamente á todas las personas, y hasta en el palacio Real á las que parecian mas queridas del rey. Padeció en esta confusion el eunuco Azades, mas necesario que Ustázades, y tan amado de

Sapor, que de sus resultas condenó este eseciego furor, y vedó quitar de esta manera tumultuosamente la vida á los cristianos. La persecucion se limitó entonces de nuevo á los eclesiásticos; pero la restriccion la hizo mas furiosa contra el objeto que se reservaba. Entonces Sadoth, sucesor de Simeon, en el obispado de Ctesifonte y de Seleucia, fué la victima principal. Este por prudencia habitaba en la ciudad donde no estaba la córte, esto es, en Seleucia; pero habiendo ido allá el rey en persona, mandó prender al nuevo obispo con los clérigos, solitarios y vírgenes consagradas que se encontraron, y que entre todos eran doscientos veintiocho. Tuviéronlos cinco meses en un horrendo calabozo, y se les sacaba de tiempo en tiempo para atormentarlos entre unos maderos que les apretaban de tal manera los riñones y las espaldas, que se oian crujir todos sus huesos. Mientras el tormento se les repetia muchas veces: «Obedeced al rey que os manda adorar al astro benéfico del dia; y en vez de suplicios recibireis copiosos favores del rey;» mas ellos respondian: «Adoramos al Criador de todo el mundo, y no al sol que es obra suya.» Por último, les cortaron la cabeza. Tenia Sadoth dos hermanas consagradas á Dios, una virgen y otra viuda; fueron presentadas al gefe de los magos para que las encausase; mas el lujurioso pontífice, prendado de la hermosura de la virgen llamada Tarbura, mandó decirla secretamente que si queria casarse con él, buscaria medio de libertarla, y tambien á su hermana. Tarbura respondió con indignacion que tenia ya un esposo muy distinto, y que no temia una muerte que la juntaria con el objeto de su casto amor y con el santo obispo su hermano. Enfurecióse entonces el sacerdote idólatra, hizo que condujesen á las dos hermanas fuera de la puerta de la ciudad, y atadas á dos estacas, á una por el cuello y

á otra por los pies, las serraron por medio del cuerpo, cuyas mitades colgaron, chorreando sangre, de unos maderos colocados á cada lado de la calle.

Mucho mas bárbara fué la persecucion en la provincia de Adiabena, situada sobre las fronteras del imperio romano, y casi toda cristiana. El obispo Aceptimas pereció en la tortura confesando á Jesucristo hasta el último suspiro. En todas las provincias indistintamente hubo un sin número de mártires de todos estados. Consérvanse los nombres de veintitres obispos, entre los que estaba Dausas, que fué preso en un lugar llamado Zabdeo, y martirizado con cerca de doscientas cincuenta personas. Entre los mártires de Persia y los de las naciones cultas, no hubo otra diferencia que en el heroísmo, mas necesario en los primeros, para hacer frente á la crueldad mas atroz de los bárbaros. La memoria de unos diez y seis mil mártires entre hombres y mugeres fué venerada por largo tiempo. Tantos fueron los demas que nunca se pudo saber el número fijo, por mas cuidado que en esto pusieron los fieles de Persia y los de Siria sus vecinos (1).

El cristianismo no hacia menos progresos en las demas regiones. El emperador Constanzo, celoso á su modo, contribuyó no poco á establecerle entre los omeritas, que eran los antiguos sabeos, situados á la estremidad de la Arabia feliz, hacia el Océano (2), cuya religion era antes una idolatria amalgamada de judaismo. Envió Constanzo embajadores con grandes presentes, pidiendo libertad de edificar entre ellos iglesias para uso de los comerciantes romanos y naturales del pais que quisieran profesar la Religion del imperio. El mas conocido de

(1) Sozom. *hist. lib. 2, cap. 14*.
(2) Philostr. *lib. 3, cap. 4 et seq.*

estos embajadores era Teófilo, indio de nacimiento, el cual habiendo sido dado en rehenes á Constantino el grande desde su mas tierna edad, habia abrazado no sólo la fé, si que tambien la vida monástica. Los arrianos, á quienes era adicto, hicieron se le confriese la dignidad de obispo para esta mision: esta buena obra fué emprendida con ardor por aquellos partidarios, envidiosos sin duda de que Atanasio acababa de enviar el santo misionero Frumencio á los etiopes, que moraban al lado de acá del mar Rojo. No dejó de tener el resultado mas feliz la empresa de Teófilo, pues el principe de los omeritas se convirtió, y quiso costear por sí mismo tres iglesias, una en Dabar, capital de su Estado, y las otras dos en las ciudades principales donde comerciaban los romanos y los persas.

Así se esforzaban los arrianos para acreditar una orgullosa secta que no se contentaba con dominar en las provincias de Constanzo. Reuniéronse de nuevo en la ciudad de Antioquia pasados apenas cuatro años despues de su Concilio de la Dedicacion, formaron una nueva fórmula de creencia y la enviaron al Occidente con algunos obispos de los mas ingeniosos del partido. Hallaron á los occidentales juntos en Milan, y al emperador Constante en medio de ellos muy ocupado en buscar algun remedio á las calamidades de la Iglesia. Poseido de veneracion á todas las grandes cualidades de Atanasio, decia muchas veces que su delito no era otro que su celo y su talento en defender la fé. Llamaba tramas inicuas á las últimas injusticias que se le habian hecho y duraban todavia, y se creia indispensablemente obligado á acabarlas. Llamó á Milan al santo obispo, y Atanasio obedeció lo mas pronto que pudo. El celo del jóven emperador subió de punto cuando oyó de boca del Patriarca todo lo concerniente al estado

deplorable de la Religion en Egipto y en todo el imperio de Oriente.

Habian pedido de nuevo á este buen principe el Papa San Julio, San Maximino, obispo de Tréveris, y el grande Osio de Córdoba, que escribiese á su hermano Constanzo, para convocar de acuerdo un Concilio general del Oriente y del Occidente, en el que se examinasen y decidiesen sin apelacion las acusaciones de los preladados separados de sus Sillas (1). Este proyecto inquietaba en gran manera á los obispos arrianos; mas su protector se veía instado de una manera á que no se atrevia á resistir. Convínose recíprocamente en que se celebrase el Concilio en Sárdica en Iliria, en los confines de los dos imperios, á fin de que los obispos de uno y otro pudiesen acudir cómodamente y no pudiesen alegar excusa alguna.

Habiendo procurado de este modo el Papa Julio la convocacion del Concilio, señaló tambien, de acuerdo con los emperadores, el tiempo de la celebracion para este mismo año de 347. Aunque el término era bastante corto por el temor de que alguna de las potencias, al menos la mal intencionada, mudase de parecer, no dejaron de acudir obispos de mas de treinta y cinco provincias, hasta de las mas distantes, teniendo todos el tiempo necesario para llegar á Sárdica. Ignórase no obstante el número cierto de estos Padres, exagerado por algunos autores y muy disminuido por otros. Lo mas verosímil es que serian como unos doscientos, sin contar los que recibieron copias del Concilio, y firmaron unánimemente con los que habian decidido, llegando así á ser mas de trescientos. Entre los obispos presentes distinguióse sobre todos Osio, llamado desde entonces Padre de los Concilios; los que á ocho de sus principales obispos

(1) Athanas. *Apolog. 1*; Socrat. *hist. lib. 11, cap. 20*; Sozom. *lib. 11, cap. 12*.

Protógenes, de la misma ciudad de Sárdica; Vicente de Cápua, Verísimo de Leon, Maximino de Tréveris, Eufratas de Colonia, y Grato de Cartago, todos venerables por sus canas, por su esperiencia, por su doctrina y por sus virtudes. El Papa Julio, no pudiendo separarse sin peligro del centro de los negocios eclesiásticos, envió sus legados que eran Archidamo y Philógenes, presbiteros, y el diácono Leon.

De parte de los eusebianos, los principales obispos fueron Teodoro de Héraclea, Menofantes de Éfeso, Narciso de Néroniade en Cilicia, Esteban de Antioquia, Jorge de Laodicea, Acacio de Cesarea de Palestina, Ursacio y Valente de Pannonia, y el famoso Isquiras, al que su partido ensalzó al obispado en compensacion de todas sus maniobras contra San Atanasio. No se ocultaba á los hereges la debilidad de su causa; y á falta de buenas razones llevaron consigo dos oficiales revestidos de la dignidad de condes, para dominar como lo habian hecho en el conciliábulo de Tiro; mas encontraron una junta muy diferente, y toda eclesiástica, incapaz de aterrarse á la vista de gente armada, ó por el magestuoso aparato del poder secular. Por otra parte, el emperador Constante habia prohibido con la mayor severidad entrarse en el Concilio lego alguno, ó se coartase en lo mas mínimo la libertad de los votos. Atanasio, que creían no osaria ni aun á presentarse, compareció con toda la seguridad de la inocencia reconocida, y parecia desafiar á sus soberbios enemigos, acusados á su vez por unos acusadores que no querian ser oidos sino con la prueba y evidencia en la mano. Varios eclesiásticos ultrajados con violencia enseñaban las cadenas con que se les habia aprisionado: unos obispos defendian á otros aun desterrados; y los parientes ó amigos de los que fueron muertos pedian justicia de estos sacrilegos atentados. Traian á la memoria entre otras

cosas la opresion de un obispo llamado Teodoro, que se vió obligado á andar errante y fugitivo, lejos de su iglesia, y á morir en fin en su fuga. Enseñaban algunos las heridas que habian recibido y que aun chorreaban sangre. No solo los particulares sino tambien iglesias enteras se quejaban de los horribles ultrages hechos al santuario, á los clérigos y á las vírgenes, por no haber querido comunicar con los secuaces del impío Arrio. Dos obispos de Arabia, Astero y Macario, que habian llegado á Sárdica en compañía de los eusebianos, los abandonaron para reunirse á los ortodoxos, y descubrieron las tramas odiosas de estos pérfidos secretarios (1).

Tantas revelaciones no esperadas causaron en estos estrañas inquietudes. Permanecieron encerrados en el palacio á donde se les habia alojado, y convinieron entre sí en no entrar en la asamblea general, é impedir á todos los orientales que comparciesen en ella, y retirarse ellos mismos con el primer pretexto que se les proporcionase, pues preferian lo vergonzoso de su fuga á aguardar una condenacion que veian inevitable. Interesábales muy poco el honor; y su fortuna, que les importaba mucho mas, quedaba segura bajo la proteccion de Constanzo, que nunca permitiria que se les desposeyese realmente de sus sillas. Representóseles, pero sin fruto, que ó no debian venir al lugar donde se celebraba el Concilio, ó debian acudir á sus sesiones; que les importaba mucho mostrarse ante unos adversarios contra quienes ostentaban tener tan buenas pruebas; que despues de este juicio contradictorio, no podrian pretestar que se les habia condenado sin oírlos; y por último, que unas sentencias tan solemnemente confirmadas quedarían irrevocables para siempre. Pero en

(1) Synod. Apol. Athan.

vano se les hacian todas estas reflexiones, pues la voz de su conciencia les gritaba muy mas alto que de una asamblea canónica no saldrian triunfantes.

Primeramente respondieron que no podían tomar parte en un Concilio que tenía relaciones con Atanasio, con Marcelo de Ancira y otros obispos ya condenados; pero luego, sustituyendo súbitamente á la hipocresía la política, fingieron que su emperador los llamaba para celebrar una victoria contra los persas. El Concilio, sin detenerse en lo frívolo de esta excusa, les instó á que se presentaran á defenderse de las acusaciones intentadas contra ellos ó que esperasen ser juzgados con rigor, y ver absueltos á los que ellos perseguían. Nada de esto cambió sus disposiciones, pues partieron aceleradamente y se retiraron á Filipópolis en Tracia, ciudad del imperio de Oriente, poco distante de Constantinopla, en la que tuvieron la quimérica pretension de formar por sí solos Concilio ecuménico.

Atanasio no tenía necesidad de otra justificacion. Sin embargo, quisieron los Padres que se justificase; mas probó tan claramente su inocencia y la indignidad de los procedimientos ejecutados contra su persona y contra su clero, que los Padres del Concilio no pudieron contener las lágrimas, y le consolaron con las demostraciones de la mas tierna compasion. Espidieronse inmediatamente cartas sinodales, notificando á las iglesias de Egipto y Libia, y en especial á la de Alejandría, la justificacion del santo Patriarca, y los deseos de toda la Iglesia para que se le recibiese como merecia. Despues de examinadas todas las quejas contra los eusebianos las tuvo el Concilio por tan bien fundadas y tan justas, que á ocho de sus principales obispos les privó, no solo del obispado, sino tambien de la comunión de los fieles. Conven-

cieronse todos claramente del designio que tenían de hacer triunfar el arrianismo, y de sus continuas violencias contra todo el que rehusaba tener parte en su comunión herética. Asi es que Gregorio, aquel detestable capadocio que tan cruel como impiamente habia usurpado la silla patriarcal de Alejandría, fué depuesto y excluido para siempre del obispado, y todos los súbditos que habia ordenado fueron privados de las funciones de su orden.

Despues de la causa de Atanasio fueron examinadas las de Marcelo, obispo de Ancira, y de Asclepas, obispo de Gaza, que tambien habian sido depuestos por los eusebianos. Restablecióseles en sus iglesias y fueron espulsados de ellas Basilio y Quintiniano, que habian sido puestos por los hereges. Segun antes dijimos, el Papa Julio habia recibido ya á su comunión á Marcelo y Asclepas, porque no eran víctimas de sus adversarios, sino por su horror al arrianismo. Es verdad que la rehabilitacion de Marcelo, muy calumniado en Oriente fué siempre disputada por los orientales, y que San Atanasio se negó, por lo menos despues, á comunicar con él. San Hilario, San Basilio, San Juan Crisóstomo y muchos otros autores respetables hablan de él como de un herege imbuido en las mismas impiedades que Fotino; mas no se trataba en Sárdica ni de los sentimientos ocultos de un seductor ingenioso, ni de las variaciones de un espíritu inconstante; pues con efecto, Marcelo es acusado de haber vuelto á sus errores.

Propusieron despues algunos individuos del Concilio que se hiciese una fórmula nueva de creencia; pero al momento fué rechazada la proposicion como injuriosa á la confesion de Nicea, pues esto parecia suponerla defectuosa y como autorizar el peligroso y lamentable prurito de tocar á los antiguos simbolos. No sucedió lo mismo

con la disciplina, que varia segun los tiempos, pues acerca de ella se formaron veinte cánones nuevos que los ortodoxos han mirado siempre como una continuacion y comentario de los de Nicea (1).

Osio, que era quien proponia las materias, hizo presente cuán pernicioso seria el que se introdujese la costumbre de mudar de obispado; pues decia que era evidente el motivo interesado de estas traslaciones, porque los pastores inconstantes nunca dejaban una diócesis grande por otra menos considerable. Pareció tan escandaloso á los Padres de Sárdica este abuso, que contra los que en adelante se hiciesen culpables de él decretaron la privacion de la comunión hasta en la muerte (2); circunstancia que se debe entender, ó de la reconciliacion solemne, ó de algun caso singular en que la obstinacion hiciese al sugeto indigno de todo género de reconciliacion, pues de no entenderlo asi no parecería estar acorde consigo mismo este sabio Concilio, toda vez que esplica ó mitiga lo que le habia parecido muy rigoroso en algunos reglamentos locales en orden al abandono aparente de ciertos pecadores en la hora de la muerte. Observóse la misma severidad sobre el artículo de la residencia; pues este Concilio vedó absolutamente, sopena de deposicion, todo los viajes de los obispos á la corte, á no ser por una orden espresa del emperador, ó en una necesidad evidente. Para que esta ley se ejecutase cumplidamente, autorizó á los obispos de las ciudades situadas en los caminos principales, á que cuando viesen pasar algun obispo se informasen de cuál era el término y el motivo de su viaje (3).

Dispúsose tambien el modo general de

(1) Theodoret. *hist. lib. 11, cap. 8.*

(2) *Can. 2.*

(3) *Can. 6 et 12.*